

MIGUEL A. CATALÁN

MEMORIA VIVA

INVESTIGADOR, DESCUBRIDOR Y PEDAGOGO

Ha escrito Gabriel Barceló un libro importante, de esos llamados a pervivir en la memoria y en el tiempo.

Es una biografía apasionante y terrible. Se cuenta en ella la vida y la obra de un profesor e investigador irrepetible que tras descubrimientos científicos de primera magnitud, escasamente reconocidos en España, hubo de afrontar las vicisitudes e injusticias de una guerra civil y la ignominia de una depuración posbélica verdaderamente inicua.

Con precisión y documentación irrefutable Barceló nos sitúa en 1920 cuando el protagonista del libro, Miguel A. Catalán Sañudo, se encuentra en Londres, con beca de la JAE, realizando altas investigaciones espectrográficas con el eminente profesor Fowler.

Hombre de ideas propias, sin abandonar los trabajos que el profesor inglés le propone, Catalán lleva una investigación paralela en la que con difíciles cálculos físico-matemáticos cree estar en camino hacia un extraordinario descubrimiento. Se trata de desentrañar la estructura real del átomo. Con unos negativos audazmente utilizados logra, en una madrugada apasionante, confirmar de manera indudable el número de electrones y protones que tiene un átomo. Por esas trazas espectrográficas desentraña totalmente la estructura de la materia.

Su trabajo, trascendente, tiene una extraordinaria resonancia mundial.

Y a partir de ese momento la vida del más importante físico cuántico de España se convierte en un insólito calvario.

Lo ya realizado tiene tal importancia que debería merecer un Nobel. Sin embargo, en su patria, un silencio espeso, incrédulo o envidioso, pretende condenarlo al olvido.

Ahora el biógrafo nos coloca ante el carácter, la seguridad, el don de gentes y la infinita paciencia de un hombre impar. Con esos bienes morales Miguel A. Catalán regresa a Madrid y en 1922 contrae matrimonio con Jimena Menéndez Pidal, hija del eminente filólogo.

Desde entonces el científico y Jimena se convierten en un matrimonio ejemplar, absolutamente dedicado a la enseñanza y la ciencia.

Contar resumidamente que ha significado para España lo llevado a cabo por esos dos seres extraordinarios sería innecesario, puesto que minuciosamente, con precisión de orfebre y subyugante literatura, lo ha hecho en su magnífico trabajo Gabriel Barceló.

A grandes zancadas, no obstante, si habría que decir que Catalán pasó la guerra con Jimena y Diego, el hijo de ambos, prestando servicio en el Centro de Información de Heridos de Segovia y logrando, tras arduas negociaciones, que se le conceda ser encargado de cátedra en el instituto segoviano donde antes había obtenido la plaza de catedrático.

En situación precaria, con un insólito arresto por parte del mando militar y con una mendaz acusación de espionaje a favor de la República, el gran investigador fue vilipendiado en su patria mientras los científicos del mundo no cesaban de interesarse por el Hombre y el investigador que, por dos veces, estuvo a punto de ser condenado a muerte.

Pero así sucedieron las cosas en aquellos difíciles momentos y así lo cuenta el autor de manera sobrecogedora.

Desde la más rigurosa objetividad Barceló nos adentra en lo que fue para su biografiado la odisea segoviana y en 1940 su paso por el tribunal de depuración. En ese peligroso juicio se le tacha de persona anti-religiosa, de haber pertenecido a la comisión que elaboró en la República la reforma de la segunda enseñanza y de que, solo en apariencia, colaboró con el Movimiento Nacional.

Señala el autor que esa fue la segunda vez que el investigador hubo de eludir la pena de muerte. Y ante tal ignominia, el biógrafo explica, de que noble manera, ese ser humano excepcional, fue ganándose el sustento trabajando como químico en la empresa privada.

Mientras tanto, Jimena, siempre vigilante y eficaz, crea con mil dificultades el Colegio-Estudio, centro que sigue las pautas pedagógicas de la nunca bien ponderada Institución Libre de Enseñanza y del Instituto Escuela, que acabaran de ser clausurados por disposición gubernativa.

No fue hasta 1946, cuando por eficaces presiones internacionales y por un Director General de Universidades cargado de buenas razones, se puede reconocer la injusticia de que era objeto un investigador de la talla de Miguel Catalán. Entonces, tímidamente, se le concede incorporarse a su cátedra en la Facultad de Ciencias Físicas y Químicas de Madrid.

Capítulo aparte merece la labor que Catalán realizó en el Colegio-Estudio. Digamos que su talento pedagógico causó un tremendo impacto en los alumnos que siguieron sus clases y que, como el autor del libro que nos ocupa, optaron de forma mayoritaria por carreras de ciencias.

Con una prosa en la que nada sobra ni falta y con la solvencia que emana de su certera documentación, siempre probada e irrefutable, y ampliada por un notable archivo fotográfico, el autor explana en su libro una dolorosa verdad en forma de impresionante peripecia vital.

Gabriel Barceló Rico-Avelló, que tuvo en Catalán no solo un profesor impar sino también un amigo y formidable orientador pedagógico, es ahora doctor en Ingeniería Industrial, además de haber cursado la carrera de Ciencias Físicas. Con esa base científica, cuando se adentra en los campos de su especialidad, se convierte en un divulgador meridiano, capaz de poner al alcance del lector los temas más difíciles. Y esta vertiente de sus saberes constituye una rareza, en un país como el nuestro, donde los sapientísimos se refugian en sus torres de marfil sin preocuparse de si son entendidos o comprendidos.

“Memoria Viva” es libro de obligada lectura porque nos hace ver como el destino y los malvados se alían contra los mejores.

Miguel A. Catalán, casi desconocido en su España, fue distinguido por la Comisión Mundial de Astrofísica al dar su nombre a un conjunto de cráteres lunares situados en la cara oculta de la luna. De esta forma, el mundo astrofísico reconocía y recompensaba las importantísimas investigaciones que también realizó en esa rama del saber.

Y un apunte final: cuando el 11 de noviembre de 1957 moría de forma sorpresiva Miguel A. Catalán a sus jóvenes 63 años, un escalofrío pasó por las aulas del Colegio Estudio. En una de ellas había estado Gabriel Barceló y, desde ese día, sintió tener una deuda de gratitud con su maestro. Es la deuda que con su libro ha sabido saldar Gabriel, magistral y generosamente.

Justo Merino Belmonte
Doctor en Ciencias de la Información